

—¡Dios Mío! — murmura la anciana atribulada — ¡Otra vez la fiebre! ¡Este hijito se me va a morir!

—Escuchame, vieja... No llores... Vámonos al campo, lejos de aquí... ¿No veías que me estaba volviendo malo? ¿Estabas ciega, que no lo veías?... Yo no quiero volverme malo... En vez, allá en el campo sí que sería feliz... Yo que quiero tanto a los animales. ¡Ah, los animales! ¡qué buenos son los animales!

La anciana ha caído de rodillas junto al lecho. Unidas las manos llora implorando:

—¡Dios mío! ¡Apíadate de nosotros, pecadores! ¡Dios todopoderoso! ¡no hagas que se muera este hijo de mis entrañas...! ¡Señor! ¡llévame antes a mí, a mí! ¡oh Dios! ¡Dios mío, misericordioso!...

—¡No mama; no! ¡No llores! ¡No!... Nos iremos al campo. Nos iremos lejos, lejos... Muy lejos....

El sol ya no alumbra el ventanuco. Ahora cae la noche. Cae a plomo, oscura y fría como una loza, sobre el fúnebre silencio del arrabal dormido.

Francisco Pío.



RESOLUCION APROBADA POR LA C. I. DE MAESTROS SOBRE LA
CIUDADANIA AMERICANA

“La primera Convención internacional de maestros formula la aspiración de que todo los nacidos en territorio de América latina, sean considerados ciudadanos americanos; y espera que todos los títulos profesionales otorgados por los gobiernos latino-americanos sean válidos en todas las repúblicas de América.

Al mismo tiempo formula un voto de aplauso a la ley aprobada por el senado mejicano que hace efectiva esta aspiración”.

BIBLIOGRAFIA

EL ANIMADOR DE LA LLAMA, por Sara de Etcheverts.

Hace cuatro o cinco años conocí a un empresario de limpieza domiciliaria que leía a Platón y practicaba la filosofía de la serenidad. Su empresa se llamaba “La Acrópolis”. Este hombre siempre me pareció un símbolo. Después de recorrerse todos los W. C. del barrio, reunía a un grupo de literatos en cierto café y hablaba emocionado de la verdad y de la belleza.

De entonces hasta la fecha pasan de diez los “animadores” que he conocido. Un poeta lírico, fundador y director de la agrupación cultural “La inquietud armonizada”; un teósofo idólatra de Ramacharaka que ejercía la usura; un poeta puritano que se enternece componiendo versos al excremento de los cisnes; un espiritista que durante nueve años no salió de su casa, ni se afeitó, ni se lavó, ni se mudó la ropa: el día que se consiguió arrancarlo de su encierro voluntario, parecía un espiritista de veras. También conocí a un pintor filósofo que ha realizado un cuadro titulado “La pasajura” y ha escrito un cuadernillo que se titula: “Lo dose probrema de la gloria”.

A pesar de esto confieso ingenuamente que nunca me había encontrado con un caso tan extraordinario, como lo es la autora del libro que he comenzado a leer.

“El animador de la llama” lleva un prólogo de Alfonsina Storni. Yo siempre he tenido debilidad por Alfonsina, ¿por qué voy a ocultarlo? Cuando yo vivía en la época dichosa en que se escriben versos con la facilidad con que se escupe, más de una vez he seguido con ojos de carnero la graciosa silueta de nuestra poetisa; no voy a negar tampoco que he admirado sus versos, aunque no todos, lo que da una idea cierta de mi admiración.

Si este libro de Sara de Etcheverts lo presentaba la Storni, era presumible que no sería malo. La Storni, con mucho desparpajo, en cuatro líneas dice de Sara de Etcheverts:

“... uno se pregunta porque Sara de Etcheverts no escribirá versos futuristas, en vez de hacer cuentos...”

Alfonsina: a pesar de que Vd. más abajo dice:

“Pero es tan grosero mentir...”

usted sabe mejor que yo que lo que uno se pregunta es: ¿por qué Sara de Etcheverts no se dejafá de... escribir?

Sin embargo usted afirma, muy suelta de cuerpo:

“Ideas personales, (mentiras) observaciones agudas de ser que ha viajado, comparado, medido con sus ojos el elástico de la vida, (mentiras) jaspean y adornan las páginas de esta escritora, (mentiras) que nace madura, femenina y masculina a la vez (¡oh!) y decidida a que su voz sea como debe, oída y admirada.”

Me parece que a propósito de este prólogo ha llegado la ocasión de decirle cuatro frescas a quien lo firma, venciendo la resistencia de nuestra natural admiración.

Cuando una mujer que se dedica al arte, extravía su senda y se convierte en una cotorra literaria, sin seriedad ni honestidad intelectual, no hay para volver por sus cabales, como someterse a la dura disciplina de fregar pisos.

El lavado de la ropa y de los cacharros domésticos surten un efecto maravilloso: disipan los humos literarios.

Por este motivo, humildemente, como cuadra a un admirador, yo le recomiendo a Alfonsina, que antes de volver a escribir prólogos para Saras de Etcheverts, pase un par de horas diarias en la cocina.

Y como soy de opinión de que Alfonsina no conoce este libro que prologa, quiero que, aunque tarde, lo conozca, siquiera sea a través de un comentario sintético.